


El día trece de octubre hice saber a don Juan Nepomuceno Bravo la causa de su prisión.

Manuel E. Carvajal

sec.<sup>o</sup> 

El mismo día compareció don Juan Nepomuceno Bravo, ex-teniente del regimiento "Húsares de Bolshague", mayor de edad, natural de Concepción quien, bajo promesa de decir verdad, espuso lo siguiente:

El día 13 de marzo ingresé al Escuadrón Jentarme de Santiago en calidad de alférez, fui teniente el 28 de abril hasta el 30 de julio, fecha en que este cuerpo pasó a formar la base del Regimiento "Húsares de Bolshague". Durante mi estadía en el primer cuerpo me ocupé solo en el servicio interior del cuartel y alternando con la demás oficialidad, en hacer fortallas al rededor de la Ismael y en la población central; jamás otro servicio hizo mi cuerpo desde su organización a su disolución.



Ingresé a su cuerpo en atención a que se nos dijo que su formación solo obedecía a la necesidad que había de un cuerpo de caballería para la tranquilidad de la población. Igual cosa sucedió en Húsares de Bolshaguá.

En este último cuerpo formé parte como oficial subalterno en dos comisiones; la primera fue la que dió por concluidas las operaciones de "La Cañal", y la segunda sin importancia alguna como lo expreso más abajo.

En la comisión que fui a la "Cañal" tomé la participación que se verá en la narración que hago en seguida.

[ El 18 de agosto último entre dos y tres de la tarde se dió orden en el cuartel de Húsares de preparar treinta y cinco hombres montados para que a las órdenes del capitán don Manuel Valenzuela Ramirez y un oficial subalterno fueran a ponerse a las órdenes del teniente coronel don Alexo San Martín, quien esperaba en el cuartel del 8.º de línea calle de la Maestranza. No habiendo otro oficial que yo me ordenaron formar parte de la tropa. ]



Salimos a las siete del Cuartel y llegamos al punto fijado a las 8 P.M. donde encontramos en la calle cincuenta cazadores que segun nos dijeron esperaban desde temprano. Esta tropa estaba a cargo de un teniente y un alférez, pues el jefe de ella un capitán Duran estaba dentro del Cuartel a donde fue llamado al momento el capitán Valenzuela, que dándose por esto en la calle con la tropa.

Fue este el motivo por que yo y los oficiales de cazadores ignoramos el objeto a que estaban destinados como asimismo lo que se acordara dentro del Cuartel.

Hacia ya algunas horas que esperábamos cuando el Comandante San Martin salio del Cuartel y nos dio la orden de marchar; entre estos figuraban el comisario de policia y capitán don Alvaro Rivero, y el teniente coronel don Juvenal Cortes; cuando regrese de "do Echénique" vi que se encontraba tambien el mayor David Silva Lemus, quien se ocupaba de hacer el rancho para la tropa.

A poco de andar perdieronse



de vista los Cazadores, y los Húcaros  
marcharon encerrando cinco carrea-  
gas en que iban treinta y cinco sol-  
dados, del 8º al mando de un tenien-  
te O'Ryan.

En esta forma marchamos  
algún tiempo sin más tropiezo que  
haberse quebrado un carrozaje, hasta  
llegar a unas puertas de fierro que  
según me dijeron eran las puertas  
que cerraban la entrada del  
fundo de don Carlos Walker Inor-  
tiz; fue ahí donde empezamos a que-  
ritarnos.

A la entrada del fundo hay  
un despacho que fue allanado por  
Riveros de orden de San Martín;  
su dueño fue aprehendido y al ser  
interrogado por estos vi que les decía  
que había visto pasar gente para  
el fundo, pero que no sabía donde  
estaban ni que hacían. Después  
de hablar algo aparte con ellos,  
lo vi dirigirse a su casa de la  
que volví al momento en una  
barqueta que fue utilizada por  
alguien en romper el cerrojo  
que tenía la puerta.

Mientras esto se hacía  
San Martín me dió la siguiente



orden: Tome diez soldados y me rodee aquella casa que se dice; una vez que sea rodeada por la infantería, yo voy a avanzar con esta y demás tropa al centro del fundo, N. mientras tanto me reduce a prisión a cuanta persona encuentre; si le hacen fuego contestelo a su turno e incendie la casa, pues debo decirle que tengo datos que hay en ella como doscientos hombres, que se están organizando a fin de lanzarse sobre las propiedades y poblaciones indefensas.



En esta vez cuando supe adonde iban y me preparaba a hacer rodear la casa, cuando me llama nuevamente San Martín y me dió orden en contra, diciéndome lo siguiente: "No se quede ahí, vaya con este servicio que hemos tomado, la gente está arriba, veinticinco cazadores van por el norte, otros tantos por el sur, Ud. va de avanzada al centro con sus diez soldados y yo tras de N. con la demás tropa; si se sorprenden, ataquen, y no me deje titero con su feza."

Recibido el último orden.



hice acercarse al individuo que se me  
presentaba como guía, y después de ha-  
cerle varias preguntas vine a sacar  
en limpio de que entre la gente que  
seguía había muchos jóvenes de  
ciento. Al saber esto reuní a los  
soldados y les ordene no disparar  
un solo tiro sin mi orden o por  
causa justificada. Esto lo hice  
tanto para evitar desgracias suen-  
to porque me proponía cumplir  
con mi deber de militar sin queja  
ni menos ni atropellos ni menos deca-  
rar una gota de sangre.

Mande un soldado de avan-  
zada y siguió la marcha hasta  
el momento que un "alietarse"  
dado con energía me daba a cono-  
cer que la gente estaba cerca. E-  
fectivamente, el soldado que ha-  
bí mandado de descubierta ha-  
bí sido porfrendido por un  
centinela y a su vez y media  
mas o menos estaba el campamento,  
llegué a él pocos segundos  
después.

Dada la oscuridad de  
la noche y ser para mí el terreno  
no completamente desconocido,  
pobré a la gente cuando me



encontré con cuatro soldados dentro de un pernicioso formado al rededor de una casa por una pircá cuyos extremos se apoyaban en un cerro elevado y boscoso. Al entrar divisé un grupo de jente en número de cuarenta y cinco a cincuenta, lo que al verlos nos hicieron como diez disparos, a los que se siguieron otros cuatro o seis, no pudiendo decir cuál fuera su origen porque en ese momento huía la jente en distintas direcciones, llegando hasta confundirse con los demás soldados que siguiendo la dirección de la pircá habían penetrado por distintos claros.

Hebido visto que la jente no hacía resistencia sino que huía, quité a mi tropa que no molestasen a persona alguna, diciendo al mismo tiempo a la jente que me alcansé a huir, y en voz bastante alta para ser oída de los alrededores, que sentía grandemente se espusieran a ser fusilados por los cazadores que rodeaban el cerro por ser y muerte. Esto lo hice pensando en que las sangrientas órdenes que había recibido de San Martín



habrían sido dadas, como era lógico,  
a los jefes de los otros regimientos, y  
que esto procediendo de distinta  
manera que yo, les diesen estricto  
cumplimiento. Los prisioneros  
que se presentaron juntos con  
otros que no huyeron, alcanzaban  
a veinte mas o menos.

Ocupaba la tropa en recoger las  
armas que se dividaban esparcidas  
cuando llegó el Comandante don  
Juvenal Cortés con los cazadores  
que venían por el norte y le daba  
cuenta de lo sucedido, cuando llegó  
también el Comandante San Martín;  
entre estos acordaron y mandaron a  
la tropa del 8º desplegada el cerro  
en busca de los que se encontraban  
ocultos.

Yo solo por el momento fui  
espectador y habría continuado  
siéndolo, si no es que vi que San  
Martín trataba de hacer fusilar  
a cinco jóvenes porque no le con-  
fucaban el nombre de las personas  
con quienes se habían entendido en  
Santiago y en el fundo, y conside-  
rando el peligro que corría la vida  
de los jóvenes sin una mediación  
oportuna, me acerqué a San Martín



y le rogué me permitiera hablar yo a los jóvenes que esperaba arreglar el asunto con mas calma; accedió a mi petición, pero advirtiéndome que los haria fusilar si no obtenia contestaciones satisfactorias.

Me apersoné a los jóvenes y después de hacerles varias observaciones, sobre todo haciéndoles conocer los instantos pangerinarios que se celebran en San Martin, convinieron en que uno de ellos, el joven Sales Olmos, diera las esplicaciones que se le pidieran.

Consecuencia de lo que dije a San Martin fue el hecho de que yo acompañado de él, de un alférez Izquierdo y de quince soldados de cazadores, saliera a los pocos minutos en direccion a "Lo Echeñique", distante mas de dos leguas en busca de un señor Urduraga o, en su defecto, de todos los habitantes del fundo. este fue la orden que recibí de San Martin.

Los prisioneros que habian se entregaron todos y estaban sin un solo rasguño, y al salir a "Lo Echeñique", me fui con la conviccion de que los dejaba libres de todo vejámen.

Habrí andado como reho

ARCHIVO DE CHILE



o diez cuadras de las casas de Tancul  
cuando divise en el cerro un tirotes;  
ya amanecía y así fuese causado  
por algún combate librado con gente  
que se había desahogado últimamente,  
pero al observárcelo al jó-  
ven Salas me contestó que era im-  
probable existiese la causa que yo  
atribuía por suerto gente de ellos  
no había mas.

En "Lo Echeñique" no encontré  
al Sr. Andurraga y siempre evadien-  
do el cumplimiento de órdenes ar-  
bitrarias y a fin de que esto no lo  
tomase San Martín como una  
manifiesta desobediencia, me  
hice acompañar del administrador  
y un Mozo para que fuesen a  
dar a aquel las explicaciones ne-  
cesarias; no se si este lo tomará  
alguna declaración, el hecho es  
que los dejó con los demás prision-  
eros.

Después de "Lo Echeñique"  
por el camino de Tancul, divise  
mas orden las casas de Tancul  
que San Martín, según parece  
después las había hecho incen-  
diar, viniéndose a los de abajo, en  
este punto lo encontré entre una



y dos de la tarde hora de mi llegada.

Al darle cuenta de mi comision le pregunté la causa del tiroteo que habia sentido al salir del Parul y me dijo haber tenido un combate con una montonera de la cual habian saido como treinta muertos y otros tantos franceses. Confieso que me engañó y no habria sabido la verdad si no soldados de mi cuerpo a quienes interrogué no me lo dicen. El tiroteo habia sido entre la tropa del 8º y los cazadores que venian por el sur, pues se habian desconocido en el serro. Con respecto a los muertos efectivamente habia once, pues segun me dijeron, San Martin habia formado una lista y habia hecho fusilar a diez de ellos y al otro le habia hecho hacer fuego en circunstancias que venia a entregarse.

Esta ejecucion creo la presenciaron Silva Lemus, Cortés, Riveros, Valenzuela, Duran, O'Ryan y el Salas de que he hecho presente se encuentra en



San Pablo. Estos mismos dicen  
como es verdad lo que he expuesto.

En la tarde despues de ha-  
ber comido la tropa ordeno San  
Martin la traslacion de las  
prisioneros a Santiago; esto  
quero con los cazadores y 8<sup>o</sup>;  
los Husares salieron despues  
al mando de Silen Lemus;  
yo estube ya montado cuando  
San Martin me dio orden de  
esperarme para recoger seis sol-  
dados que provisto de un tarro  
de parafina incendiaban el  
edificio en ese momento y  
que cuando todo estuviese es-  
tando me reuniera con él.

Comprendiendo yo que el  
cumplimiento de esta orden iba a  
dejar sin hogar a una porcion  
de familias que vivian en habi-  
taciones contiguas a la principal,  
tan pronto salio San Martin  
ordene a los soldados cesaron en  
la destruccion y que en cambio  
ayudaron a la jente a poner a  
salvo todo aquello que fuese po-  
sible de las habitaciones incendiadas,  
sobre todo aquellos artículos  
de comercio.



Después de encargarse a la gente que no penetrase en los edificios incendiados, salí a reunirme con San Martín, pero habría andado como unas ocho cuadras cuando encontré un grupo de jefes y oficiales que en carretela y a caballo marchaban para las cucas.

Entre ellos vi al coronel Vidaurré, comandante Aris, Torres, y varios otros a quienes no conocí.

El coronel Vidaurré me ordenó acompañarlo a las cucas del Tamul y que dejara la tropa para que escoltara al general Barboza por si iba, hice varias preguntas sobre los muertos, a lo que no pude contestarle por no haberlos visto todavía.

Llegamos al Tamul, a orillas del cerro y ocupados un espacio como de veinte metros divisé uno bultos blancos que representaban diez cadáveres colocados en una misma línea en el cráneo destrozado y desnudo; algunos de ellos tenían la vista vendada. El hecho de tener el cráneo destrozado y la colocación de los cadáveres, no presentaba



otra herida en el cuerpo, por todos  
jóvenes decentes y tener algunos la  
vista vendada, me convenció de  
que habien sido facilitado; igual  
cosa pude notar en los demas que  
los veian.

El Coronel Vidaurro y comi-  
tivo quedo en el Parral y yo previa  
su venia me retire a donde habia  
dejado los soldados, pero al bajar  
a las casas ya a la oracion, en-  
contre a San Martin que cubia  
el que me dijo haber vuelto con los  
prisioneros de orden de Barboza,  
quien se habia enojado diciéndole es-  
tas palabras: "Para que me trae  
N. prisioneros, yo no los necesito,  
lo que necesito son muertos; lí-  
velos a Vidaurro para que los  
haya fusilar inmediatamente."  
Yo me espante con semejante ór-  
den, mas como cuando sabia que  
San Martin para que sus actos  
aparecieran mas meritorios a los  
ojos de Barboza, habia hecho re-  
cegar todos los individuos del  
fundo para aumentar el número  
de los prisioneros, y habia corrido  
la voz de que habian caido treinta  
muertos.



Hiciele varias observaciones tendentes a convencerle de lo inútil de la orden, pero fue inútil; a todo me contestó que había recibido órdenes terminantes de arriba y que nada se podía hacer; viendo que nada podía conseguir, fuime a la casa donde encontré a los prisioneros que se bajaban del carruaje, pase sin hablar con ninguno y me fui a arreglar mi tropa que encontré reunida.

Luego de hecho lo anterior, me metí a un carruaje vacío (pues había 30 horas que no me desmontaba) y solo salí de él a las 8 mas o menos para hacer un último esfuerzo ante San Martín a fin de salvar siquiera la vida al joven Salas Blanco, a quien en mi viaje a la Chorrera y al manifestarme desconfianza sobre el tratamiento que se le daría le di mi palabra de hacer cuanto pudiese en su favor.

Hiciele llamar a San Martín que se encontraba en una pieza con los demás jefes y después de un rato de con-



ejecucion no conseguí sino que se en-  
fataran con mis exigencias, por lo  
que tuve de volverme al carruaje  
sin pasar por donde estaban los for-  
sioneros pues temia encontrarme  
con Salas y verme obligado a  
confesarle la ninguna esperanza  
que me quedaba en mis gestiones.

En el trayecto encontré al  
mayor Bravo Cuadra con quien  
estuve un rato comentando la  
dureza con que se procedia; el se  
fue segun me dijo a preparar  
a sus compañeros a fin de que  
se hiciera algo en favor de las  
victimas, y yo como he dicho,  
me volví al carruaje.

De este no volví hasta  
el dia siguiente por la mañana,  
al ser despertado por una descar-  
ga la que me reveló haberse lle-  
vado a cabo otra ejecucion. Mas  
tarde supe que un Consejo de  
Guerra presidido por el Coronel  
Vidaurrue habia condenado a la  
pena de muerte a ocho jóvenes  
que unidos a los fusilados por  
San Martin formaban un  
total de diezyneve.

Los cazadores y el 8.<sup>o</sup> salieron



con los prisioneros, y los Hicieron los  
 fidos San Martin y divididos en  
 fracciones lo hizo incendiar las  
 casas de los inquilinos y las de-  
 mas habitaciones que yo el dia  
 anterior habia hecho respetar;  
 este trabajo lo dirigian Riveros  
 y San Martin personalmente.

En una presada que hice  
 a la vista de los cadáveres me  
 llamó la atención ver a un sol-  
 dado que con un estado de somnien-  
 to venia en direccion a ellos, y  
 al preguntarle el objeto me con-  
 testó que San Martin le habia  
 ordenado quemarlos.

Creyendo equivocado al sol-  
 dado fui a ver a San Martin  
 quien me dijo era cierto que lo  
 habia ordenado, pues no queria  
 que las familias al recogerlos  
 notaran que el joven Mercedes  
 Aranguiz habia sido flogelado,  
~~pues este no queriendo confesar~~  
~~lo que se le preguntaba, se habia~~  
~~entregado a Riveros, quien~~  
~~le habia hecho dar 95 azotes~~  
~~para arrancarle ciertas revela-~~  
~~ciones.~~

Despues de consumar el in-



01  
cendio total de las casas salier  
con nosotros San Martin, llegando  
como a las 12 M a la calle de  
Santa Rosa de esta ciudad donde  
encontramos orden de marchar al  
momento al cuartel para trasla-  
darnos al campo de operaciones,  
lo que no tuvo efecto por haber  
ya salido el convoy que llevaba  
la otra parte del Heiseros.

Hasta el jueves anterior  
a la batalla de Placilla, lo fui  
dedicado al servicio del cuartel,  
siendo ese dia nombrado para  
formar parte de una comision  
que a las ordenes del mayor don  
Guillermo Arroyo debia marchar  
a San Francisco del Monte; el  
objeto de esa comision, (dos oficiales  
y 20 soldados, no lo supe y Arroyo  
solo me dijo llevaba instruccio-  
nes reservadas.

Esta comision no ejercio  
acto alguno antes de la batalla  
de Placilla, y despues, habiendo  
depuesto el mando el gobernador  
de Melipilla, fue puesta a las  
ordenes de la Junta cuyo reco-  
nocimiento lo publiqué yo mis-  
mo con mi tofina por bando en



la plaza de Melipilla

Me ocupé dos días mas con la tropa y al mando de don Octavio Barros en hacer guardar el orden en el departamento, cuando todo estaba tranquilo, y no encontrando en la junta garantías para mi persona, entregué la tropa y me fui al sur donde algunos días despues lei en un diario mi nombre con el calificativo de "complice de 'Lo Baño'", y no pudiendo aceptar silenciosamente participaciones que no he tenido, vine a presentarme segun consta del certificado que he presentado.

Tales son los actos que he ejecutado durante los meses que fui militar; siempre obré como tal y con dignidad, jamas he sido cómplice ni menos instrumento en bajeza; si otros jefes superiores han cometido faltas la responsabilidad debe caer sobre ellos y no sobre el subalterno que no hizo mas que cumplir con su deber.

Juro enocimiento de si alguno de los jóvenes asesinados dió a algun oficial u otra persona algun objeto de valor, como reloj, cartera etc. para



entregárselo a la familia?

Ya que Cortés Juvenal entrega  
si en los puros de Parul a San  
Martin uno o dos relojes, pero no  
sé si los jóvenes los entregaron o  
si les serian quitados, ni tampoco  
tengo conocimiento de que hayan  
dado dinero o mandado prendas  
a su familia.

¿Quiénes fueron los vocales  
del tribunal Consejo de guerra que  
condenó a la pena de muerte a  
los jóvenes?

Perennalmente no he visto  
quienes formaron ese Consejo y solo en  
esta cárcel, por el mayor graduado  
Leopoldo Boasso Cuadra, supe que  
lo habian compuesto el coronel  
Joaquín Ramon Vidaurro, como presi-  
dente, el teniente coronel Aris  
como fiscal y como vocales los  
mayores Leopoldo Boasso C., Arturo  
Rivas, un Infante, el capitán  
Duran y creo que un Capitán Que-  
zada. También he oido que el  
Consejo duró desde las 9 P.M. hasta  
el día siguiente y que consta de un  
proceso escrito. Creo que el Ca-  
pitán Alejandro Santander  
debe tener conocimiento de todo



lo relativo al proceso, pues hacia las veces de ayudante de Vidaurre y estaba siempre dentro de la sala en las primeras horas que yo lo vi, pues era el quien anunciaba a los que querian hablar con Vidaurre.

Entre los jóvenes fusilados se dió muerte a algun hombre del pueblo que acompañaba a los jóvenes y cómo se hizo la ejecución?

El número del pueblo no fue fusilado ninguno y solo lo hicieron con los jóvenes decentes, de los cuales San Martín formó un lista y haciéndoles verlos la viste les dijo que en esa forma lo haria conducir a Santiago, y en realidad lo llevó a la orilla del cerro donde fueron ejecutados.

Esto sucedió en las casas de arriba o del Pámul y según la version que me dieron algunos soldados.

Deben haber presenciado tambien la ejecución un Sr. Eudoro Larraín.

El primero que fusilaron fue un señor Cabrera que habia sido sargento del 8º de línea y que parece fue a petición del teniente O'Ryan





de ese cuerpo.

¿Tiene algo mas que agregar sobre los sucesos de "La Caña"?

Todo lo que yo supe le fuere en conocimiento del Coronel Dóren, en respecto a los pasos que di para salvar la vida del joven Salas Olan lo saben el mayor Brass C. y el capitán Manuel Valenzuela Ramirez y aun ces habiéndolo dicho al mismo Coronel Dóren.

Supe tambien que San Martin hizo traer dos corchetes cogidos con zine, un factor y unos sacos de aves. El segundo dia vi que San Martin tomó varios animales que hizo conducir a la quinta de don Eduardo Matte, calle de Santa Rosa, cuyos animales fueron entregados al capitán Julio Sepúlveda.

Sueldo no he percibido como oficial del ejército

¿Que participacion tomó D. Julio Sepúlveda en "La Caña"?

No fue y el lo evando recibimos lo vi en la chacra de don Eduardo Matte. Lo posible que se confundió con un comisionado Sepúlveda.

No teniendo mas que de



claro, por ahora, se suspende la  
 presente declaracion para continuarla  
 despues si fuere necesario, y lo que  
 se fuere se ratifico y firmo en el  
 Fiscal y secretario que autoriza

Roberto Jansen

J. M. P. B. B.

Mamuel E. Barros

sec.

A cargo de Teleros com-  
 panyon don Juan V. Barros y  
 bajo promesa de verdad re-  
 pite la declaracion prece-  
 dente con las siguientes  
 salvedades:

1.º Que los cadáveres que  
 vio el primer dia fueron  
 diez y no once;

2.º Que el Salas a que se  
 refiere en la segunda par-  
 te se llama Rubicindo y no  
 es el joven Salas Blanco nom-  
 brado en la primera;

3.º Que creyo ayudante de  
 Vidauron a Santandor por  
 que una vez lo vio con  
 él en la Sala. ~~etc.~~



13  
El radigier, mayor  
de edad y firme  
Prato

de este modo

de este modo